UN NUEVO DOLMEN ALABÉS

A los sendos dólmenes que existieron en Capelamendi y Escalmendi (cercanías de Vitoria); á los tres incompletos, juntamente con otros dos ó tres de que sólamente quedan las señales, todos del valle de Cuartango; al esbelto de Arrízala y el majestuoso y grandiosísimo de Eguilaz; tenemos que agregar desde ahora, incluyéndolo en el catálogo de los dólmenes alabeses, el del puerto de San Juan, el cual puerto forma como el vestíbulo de la sierra de Encia.

¡Y qué asunto tan curioso é interesante no sería el ilustrar la materia de los dólmenes con el proceso del respeto á los muertos! Porque es de advertir, mal que nos cuadre, que este respeto es moderno, relativamente, en la historia del hombre. En efecto, por los escasos aunque luminosísimos rasgos con que alumbra esta historia su primer narrador inspirado por Dios, conocemos los horrendos crímenes cometidos por Adan, Caín, por todas las descendencias de este y aun por gran parte de la descendencia de Set mezclada con la del primer fratricida, etc,, etc; pero entre los tremendos castigos sufridos por la prole humana y que Moisés nos cuenta también podemos inducir uno horroroso que sumió á casi toda la humanidad por espacio de muchos miles de años en la más desesperada situación, cual fué la conversion del hombre en bestia, pues desconoció á su Creador y perdió toda noción religiosa. Mas afortunadamente el hilo luminoso que Dios mantuvo constantemente en un escaso número de privilegiadas familias durante ese período que parecía no iba á tener fin, y que en el lenguaje científico se conoce con el nombre de tiempos cuaternarios, hizo al fin estallar á la pobre humanidad en una generosa explosión universal,merced á un progreso tan lento como maravilloso; volviendo á encenderse los corazones en el santo acatamiento á lo sobrenatural. Consoladora verdad que la arqueología prehistórica nos demues-

tra con evidencia matemática al escudriñar en aquellas remotísimas edades los primeros barruntos hácia la vida eterna, perfectamente demostrados por el respeto á los muertos, de que no hay noticia alguna en la indicada época cuaternaria. Pero, ya lo hemos dicho, en un momento dado la idea de lo suprasensible toma cuerpo y toda la humanidad cree en Dios y en la supervivencia del hombre. ¿Cuando ocurre esto? En la época *moderna* de la prehistoria, desde sus albores, que comienzan con la edad neolítica ó sea la segunda del período de la piedra. Entonces vemos surgir por todas partes verdaderos cementerios en la tierra, en los abrigos naturales, en las cavernas por el hombre habitadas y sobre todo en esos gigantescos mausoleos llamados dólmenes, de dos raíces bretonas que significan mesa de piedra, ó monumentos megalíticos, de dos voces griegas que quieren decir grondes piedras. Y estos dólmenes se encuentran en Europa, en gran parte del Asia y en el norte de África, y esos dólmenes suponen inmensa labor en unos tiempos en que no sólo la mecánica estaba en mantillas, sino que no había cuerdas de ningún género; y el uso de esos dólmenes duró muchos, muchísimos siglos perfectamente señalados en tres edades sucesivas, la de la piedra pulimentada (neolítica), la del cobre y aun la del bronce; y esos dólmenes son el testimonio más sublime de que la religión, siquiera fuese la natural, vuelve á ligar á la criatura con su Creador.

Vese por lo ligeramente apuntado la inmensa importancia y significación de los dólmenes y pasemos á decir algo de mis últimas exploraciones.

Avisado por el aplicadísimo químico industrial y concejal del Ayuntamiento de Salvatierra D. Dionisio Preciado, con quien ya habia hecho otra excursión en la primavera, de que le llamaba la atención en sus excursiones por el monte cierta atalaya con ruinas, existente al finalizar la jurisdicción del Ayuntamiento de Salvatierra por peñas arriba, y que acaso pudiera ser un dolmen destruido, marché el último domingo por la tarde á dicha villa, poniéndome en camino con dicho Sr. Preciado y otro excelente salvaterrano á la madrugada siguiente hácia el punto en cuestion, adonde llegamos en dos horas. Lo primero que llamó mi atención al alcanzar la extremidad de la meseta del monte fué una piedra larga y estrecha que me pareció un menhir, y que bien pudo haberlo sido en su primitivo destino, á pesar de que ví labrada en ella una cruz y una inscripción que hacía referencia á una ermita de San Juan: efectivamente, á pocos pasos me señalaron un

pequeño altozano con el centro deprimido donde existió la ermita de estenombre, que lo dá tambien al monte. A pocos pasos de allí se ve elque fué hermoso dolmen, á más de 900 metros sobre el nivel del mar y 400 sobre la llanada de Álaba, á siete kilómetros de Salvatierra y dos de Onraita (Ayuntamiento de Laminoria), y que sólo contiene hoy lo siguiente. En el centro del que fué túmulo ó montecillo, completamente truncado por faltarle ya no solo la cima sino hasta las laderas, sobresale una gran losa que forma la pared sur del monumento y mide 2,36 m. de larga é iguales dimensiones en su parte más ancha que es en el centro, completamente inclinada hácia atrás ó sea hácia la parte exterior dei dolmen por haber sido descarnada casi en su totalidad: en frente de esta losa hay otras dos mucho más pequeñas, pues miden la una 0,83 por 1,81, y la otra 1,45 por 1,85. Las piedras de oriente y poniente, así como la enorme que solía servir de techumbre, se las han ido llevando poco á poco los vecinos de Onraita, no quedando restos de las mismas, si no es en algunos fragmentos de piedra arenisca (pues todas las demás son calizas). Y me fijo en lo de los fragmentos areniscos porque en la major parte de los dólmenes alabeses hay alguna losa de esta clase, aunque haya habido necesidad de traerla de 15 ó 20 kilómetros. En el dolmen en que me ocupo la cantera de piedra caliza solo dista algunos metros.

Lo que fue recinto del dolmen estaba casi lleno, en el momento en que yo llegué, en sus cuatro quintas partes, de inmensa cantidad de cantos rodados, exceptuando la última faja oriental, que aunque bastante rebajada de lo que debió de ser en un principio vendría á tener como algo más de un metro de profundidad de tierra y humus humano. A la sóla inspección del derruido monumento me formé ya idea exacta de lo que en seguida comprobó la exploración: las cuatro quintas partes ocupadas por los pedruscos habían sufrido una ávida y completísima excavacion acaso en siglos pasados, varias veces repetida posteriormente, pues no encontré ni rastro de hueso alguno de los cadáveres de que debió estar atestado el recinto. En cambio en la faja oriental aparecían cadáveres intactos, que, como todos los que he encontrado en otros dólmenes, casi se reducían á pequeños fragmentos, fuera de los dientes, perfectamente conservados y sin asomo de caries, como ocurría con los hombres de entonces, á pesar de ser hoy nuestro país de los más propensos á esta dolorosa enfermedad odontálgica.

Ninguna manifestación de la industria de aquellos hombres pudi-

mos encontrar hasta las cuatro de la tarde, hora en que nos sorprendió una tormenta horrorosa, que con dos intermitencias duró tres horas, teniendo que refugiarnos en un principio á una cueva natural muy curiosa y despues, al regreso á Salvatierra, bajo las hayas del monte, sorteando el temporal, es decir caminando sólamente en los momentos en que la tormenta se alejaba y el agua caía con ménos intensidad.

Lo poco que me resta explorar en la parte donde todavía seguía encontrando restos humanos, cuando hubo de suspenderse la excavación, lo dejo para otra expedición, que Dios quiera sea con mejor tiempo.

JULIÁN APRAIZ.

ARBORICULTURA

Para preservar á los árboles frutales del gran número de insectos que en ellos se ceban, perjudicándolos en grado extremo, recomendamos el siguiente método:

Abrir un pequeño foso en torno de cada árbol á unas 6 pulgadas del tronco y de una profundidad de 10. De la tierra que resulta de la excavación se forma un montoncito, y quema por medio de hojas secas ó delgado ramaje. Después se mezcla con la tierra quemada alguna cantidad de cenizas, madera ó cal, y se vuelve á colocar la tierra en cada hoyo ó foso abierto.

Es un medio excelente y barato para preservar de insectos á los árboles frutales y también para darles más vigor y lozanía.